

PSICOANÁLISIS Y VIOLENCIA SOCIAL

América Espinosa, Ricardo García, Juan Capetillo

Este volumen propone la revisión de escrituras vinculadas a temas sobre violencia social que, hoy por hoy, no terminan por ser revisados, discutidos y mucho menos elaborados, aunque corren el riesgo de ser asumidos como de expresión corriente. Es necesario, entonces, insistir en su revisión y análisis a fin de que abonen elementos a una discusión que requiere continuarse.

Sabemos que la agresividad y su consecuencia en la violencia emana del propio lugar de la subjetividad: «disposición pulsional autónoma, originaria, del ser humano»¹; la escritura freudiana siempre presente insiste en el malestar que implica la imposibilidad de contener lo pulsional aunque existan también, de acuerdo con Freud, los procesos culturales y civilizatorios como elementos de regulación y contención que favorecen, de cierta manera, la instalación de los vínculos o lazos sociales que sostienen la vida misma.

La condición de la pulsión freudiana tiene su lado oscuro: la imposibilidad expresada en el goce. Un goce cuya característica fundamental es la perversión; una versión del padre que se juega en la ley como regulación del vínculo social y su transgresión mostrada en la destrucción, el asesinato, la crueldad y las diferentes manifestaciones de violencia observadas en la exclusión.

Freud precisó la incapacidad de la cultura para contener lo pulsional a efecto de detener la agresividad y la violencia, condiciones que son inherentes a la constitución de la subjetividad a partir de la conciencia de muerte. Si bien el sujeto alberga tal agresividad que puede en cualquier momento emerger, es pertinente

¹ Freud, 1986, 1930, p.117

considerar que un sesgo consecuente es la violencia, misma que es siempre social.

El sujeto violento en su singularidad subjetiva, si bien habla de sí, habla también de su contexto. Por lo que la regulación de la violencia ha de ser sostenida a nivel social por instancias o instituciones fincadas en una estructura que permitan la contención de la agresividad misma, cuya aplicación sería que a través de la ley y su función reguladora contenga la agresividad que se manifiesta en expresiones de violencia, todo ello a efecto de propiciar la convivencia pacífica.

La violencia generalizada en una sociedad generará un estado de crisis e inseguridad que pone indudablemente en riesgo a la sociedad misma. Freud señala que a pesar de la imposibilidad son necesarios los procesos de regulación de los vínculos; para ello se requiere otorgar poder a la comunidad que sustituye al poder del individuo. Este otorgamiento de poder ha sido un paso cultural decisivo².

El Estado se convierte entonces en el lugar de concentración de la violencia, esto es, quien posee el monopolio de la misma a efecto de regular el comportamiento social. Esta concentración ha sido también un elemento generador de violencia a través expresiones destructivas como lo son las guerras, genocidios o crímenes de Estado que han tejido las partes más oscuras de la historia de la civilización.

Cuando el Estado no ha sido suficientemente contenedor de las violencias, ya que ha sido rebasado por otras instancias –grupos que poseen el monopolio del poder³–, es precisamente cuando se muestra un estado de descomposición, de degradación social, como lo vemos en algunas, sino en la mayoría, de las sociedades modernas.

En México, por ejemplo, la crisis económica y de inseguridad da cuenta de un Estado vulnerado en su poder, un Estado que perdió el sentido de su función,

² Freud, 1986, 1930, p. 94

³ Llámese grupos de narcotraficantes, o grupos que ostentan el poder económico y corrompen el sistema social.

que perdió el monopolio de la violencia o, peor aún, un Estado que actúa en conflagración con esos otros monopolios en perjuicio de quien le otorgó el poder, es decir, la comunidad.

La subjetividad social de nuestra época muestra expresiones de violencia que requieren de urgente revisión desde diversas categorías analíticas y conceptuales.

Lo social está ligado a la subjetividad. Los lazos sociales se producen desde la posibilidad del sujeto y de la subjetividad que lo explica, de tal manera que para discernir sobre la violencia social tenemos que explicarnos las diferentes perspectivas desde donde se funda y se mueve la subjetividad.

El psicoanálisis ha propuesto un marco de referencia para explicar la condición del sujeto advenido desde la subjetividad, donde una vez instaurado el orden del lenguaje (significante) que lo determina, desea permanentemente el retorno al lugar mítico de la unidad, una ilusión de unidad que enfrenta siempre su contraparte, esa contraparte es lo que Freud llamara la pulsión de muerte.